

pero no lo es, cristianos míos, no lo es. Una sola vez se muere; y si esta vez no se muere bien, ya no queda apelacion ni recurso: el paso decisivo está ya dado, y no es posible volver atrás para repetirlo. ¡Cuán cautos, cuán diligentes debería haceros esta reflexion! Oid un caso que refiere la Escritura santa, y aprended á ser previsores y prudentes. Muerto Solomon, entró á reinar su hijo Roboam, á quien la Escritura califica de tonto, bien que no mostró serlo tanto como todo esto en el hecho que vais á oír. Apenas fue proclamado por rey, las tribus le enviaron comisionados para rogarle que disminuyese un tanto las insoportables contribuciones con que su padre Salomon las habia gravado. Oyó él la solicitud, y sin tomar ninguna resolucion, dijo á los comisionados: El asunto es muy grave, y vale la pena de que lo medite un poco: retiraos, y de aquí á tres dias volved, que entonces habré ya pensado si vuestra exposicion debe ser atendida ó no: *Ite usque ad diem tertium, et revertimini ad me*¹.

Pregunto ahora: ¿por qué no se resolvió desde luego? ¿por qué quiso tener todos los ánimos suspensos por espacio de tres dias? ¿por qué se reservó este tiempo para deliberar? Porque, aunque muy torpe, no lo era tanto, que no conociese que se trataba de un asunto vital para sus Estados; y que cualquiera determinacion que tomase, seria irrevocable, y quedaria por ley perpétua en todo el reino: y por esto fue un acto de prudencia el no precipitar la respuesta, y el pedir dilacion. Aprended, cristianos, la leccion de prudencia que os da este Rey, por otra parte muy imprudente y necio. Si cosa hay en este mundo que, hecha una vez, no pueda deshacerse, esta es el morir, esta es el dar cuenta á Dios, y el pronunciarse la sentencia final. Lo que entonces se haga, hecho se quedará, y lo

¹ III Reg. XII, 5.

quedará por siempre: lo que entonces se resuelva de nosotros, resuelto estará, y por toda una eternidad. Y no obstante, ¡ay de mí! ¿cuál de vosotros tiene la prudencia de tomarse, no diré tres dias, pero ni tres horas para discurrir sériamente sobre la muerte, y meditar qué respuesta dará al divino Juez, cuando le pida cuenta de toda su vida? Tal vez me diréis, que ya lo discurriréis entonces.—¿Entonces? No os alucineis: entonces no será tiempo de deliberar, sino de partir, y partir presto. Ahora, ahora es tiempo de tomar una buena resolucion; y si no aprovechais ese tiempo, entonces conoceréis, aunque tarde, que la pérdida del tiempo de la vida es una pérdida irreparable. No permita Dios que hayais de aprenderlo á costa de vuestra alma. Amen.

La vanidad del mundo descubierta en la muerte.

Modicum, et jam non videbitis me. (Joan. XVI, 17).

Jamás se ha visto desengaño mayor, ni cosa que descubra mejor la vanidad del mundo, que la que experimentó el gran sacerdote Aaron poco antes de morir. Estando ya á punto de entrar en la tierra de promision, y cuando aquel nuevo paraíso le sonreia con sus encantos y delicias, ¡oh vanidad de las cosas humanas! oye que Moisés le llama aparte, y en nombre de Dios le dice, que se disponga para subir inmediatamente con él y su hijo á la cumbre del monte Hor, donde tiene que comunicarle un secreto. Muy distante el santo anciano de sospechar lo que le iba á suceder, se viste de pontifical, llama á su hijo Eleázaro, y en compañía de Moisés marchan juntos y en silencio al punto designado. Llegados allá, sin casi darle tiempo para descansar, descubre Moisés el secreto fatal, y le dice: Quítate inmediatamente esos ornamentos que vistes, y ponlos á tu hijo que está aquí; por cuanto tú, en vez de en-

trar en la tierra de promision, has de tomar presto el camino de la eternidad¹. ¡Anuncio terrible! ¡cruel intimacion!

Obediente Aaron á esta órden del cielo, comienza desde luego á desprenderse de todos los ornamentos propios de su alta dignidad: se quita de la cabeza aquella majestuosa tiara que brillaba de oro y pedrería, se arranca del pecho el misterioso racional, deja caer en tierra el magnífico cinturon, se despoja de la blanca y simbólica túnica talar: y reducido á la condicion de hombre privado y comun, ve con sus propios ojos como su hijo entra en el goce de todos sus honores sacerdotales, y como de su caida resulta la ereccion de un nuevo pontífice.

Sí que fue este un lance bien triste, diréis vosotros.—¿Fue un triste lance, cristianos? Pues sabed que todos vosotros os veréis en él antes de mucho. Dejad que pase el breve tiempo de esta vida, que es el *Modicum* de que habla el presente evangelio: dejad que llegue la muerte, que será la que dará cumplimiento al *Jam non videbitis me*: vosotros veréis como ella os despoja de todo cuanto poseeis en este mundo, y como lo pasa todo al dominio de vuestros herederos. Entonces comprenderéis cuán vanos son todos los bienes de esta vida, y cuán necios los cristianos que tienen pegado á ellos el corazon. Para que lo comprendais ahora, que es cuando puede seros útil, vengo á poneros á la vista el despojo universal que hará la muerte de cuanto ahora poseeis, á fin de que, conociendo la vanidad de los bienes transitorios y caducos, busqueis otros mas estables y permanentes.

Raras veces la Escritura santa nombra la muerte, sin que le ponga algun adjetivo que nos recuerde ser ella la que nos

¹ Num. xx, 25, 26.

ha de despojar de todo lo de este mundo. Dia de renunciarlo todo, la llama san Pedro: *Dies restitutionis*. Tempestad que todo ha de destruirlo, la nombra Salomon: *Interitus quasi tempestas*. Ladron que todo lo saquea, la apellida san Juan: *Tamquam fur*. ¿Y por qué la llaman así? Para que, reflexionando nosotros que ella nos despojará de todas las cosas terrenas, no pongamos en ellas nuestro afecto y corazon.

No creais empero, cristianos, que la muerte aguarde á despojaros de todas las cosas de esta vida, para cuando os vea en la última enfermedad. ¡Ay! si sabeis mirarlo bien, veréis que ya os ha quitado una gran parte de los objetos que os eran mas caros y preciosos en este mundo. ¿Dónde están aquellos padres que os dieron el ser? ¿dónde aquellas madres que os alimentaron con su leche? ¿dónde aquellos hermanos con quienes jugábais en vuestra infancia? ¡Ah! yo no os renovaria el sentimiento que os causó la pérdida de unas personas tan amadas, si no fuese para recordaros que la muerte hará pronto con vosotros lo que mucho tiempo há hizo con ellos.

Mas ¿qué digo haré? Desde mucho tiempo que ya viene haciendo en vuestra vida daños irreparables. ¿No es verdad, hombre de cálculos, que vuestro espíritu ya no encuentra en los órganos corporales aquella energía y vivacidad que encontraba algun dia, que vuestro entendimiento es mas tardo en concebir, vuestra memoria mas flaca para retener, vuestra voluntad mas perezosa para obrar? ¿No es verdad, mujer vana, que, puesta ante el espejo, ya no hallais en vos aquella hermosura que teníais en la juventud, que á la lisura de la frente han sucedido las arrugas, á la frescura del rostro la palidez, y al cabello rubio la calvez y las canas? ¿No es verdad, cristianos, que fuísteis niños, y ya no lo sois; que fuísteis jóvenes, y ya declináis hácia la vejez; que á vuestros años alegres y floridos han sucedido poco á poco los años tristes y

pesados? Pues bien : estas edades que ya pasaron como viento que silba y huye, y como agua que murmura y corre, ¿no son otros tantos hurtos pequeños y secretos que, sin que vosotros lo advirtiérais, os ha hecho la muerte?

Pero el saqueo general y completo será cuando llegue vuestra hora extrema. Vosotros ahora poseéis muchas cosas que cautivan vuestro afecto y voluntad : el uno tiene padres á quienes ama con ternura, el otro tiene mujer á quien quiere con pasión, el otro tiene hijos á quienes idolatra hasta el delirio : este tiene fincas en el campo, aquel posee casas en la ciudad, el otro guarda sumas considerables en sus cofres. Pues no pasarán muchos años, tal vez no transcurrirán muchos días, sin que la muerte venga á quitároslo todo. Tendidos sobre el lecho de dolor, observaréis... ¡ay qué cosas tan tristes voy á deciros! observaréis que vuestra mujer se acerca á vuestra cabecera, os mira algunos instantes de hito á hito, y luego se sale precipitadamente del aposento, arrojando un profundo suspiro al tiempo de pasar la puerta. ¿Y sabéis qué querrá deciros con esto? Querrá deciros : adios, marido, adios para siempre. Observaréis que vuestros tiernos hijos se colocan juntos al rededor de vuestra cama, os besan uno á uno amorosamente la mano, y hecha esta triste ceremonia, se retirarán de vuestra presencia tristes y afligidos. ¿Y sabéis qué querrán deciros con esto? Querrán deciros : adios, padre, esta es la última vez que nos veis. Observaréis que vuestros amigos se sitúan enfrente de vuestro lecho, os contemplan un breve rato silenciosos y pensativos, y luego os dejan sin decir palabra. ¿Y sabéis qué querrán deciros con su silencio? Querrán deciros : adios, amigo, ya no nos veremos mas. Observaréis que otros, menos humanos, registran vuestros cofres, examinan vuestros escritorios, se apoderan de vuestros papeles. ¿Y sabéis qué querrán deciros con esto? Querrán de-

ciros que desde aquella hora quedais privados de todos vuestros derechos, títulos y adquisiciones ; y que de todo lo que poseáis, ya no os queda mas que el derecho á un pequeño ángulo del campo santo. ¡Oh muerte, cuán verdad es que eres el fin de todo lo de este mundo! *Finis universorum.*

Mas no penseis, cristianos, que ella haya de despojaros solamente de los bienes exteriores de que he hablado hasta ahora : esta, si puedo decirlo así, no será mas que la primera edicion de sus estragos y dilapidaciones. Para comprender la que tras de ella vendrá, imaginad, os suplico, cómo queda un hombre, aunque sea el mas noble, luego que la muerte le ha dado el último golpe. ¿Dónde están sus sentidos? Abridle los ojos... no ve : tomadle la mano... no siente : gritadle al oído... no oye : meneadle el cuerpo... es como una masa de barro endurecido. ¡Ah! grabemos sobre sus sentidos el *Finis universorum*, y sigamos. ¿Dónde están sus tesoros? ¿Tesoros habeis dicho? De tanto dinero no le queda un solo real, de tantos vestidos no se le deja mas que una triste mortaja, de tantas fincas solo le restan siete piés de tierra en el cementerio. Harto dichoso será el miserable, si el que ha heredado sus tesoros se digna echar algunas gotas de agua bendita sobre su sepulcro. Escribamos tambien aquí el *Finis universorum*, y vamos adelante. ¿Dónde está su hermosura? En vano la buscáis. Aquí no hay mas que unos ojos eclipsados, una tez denegrida, un cuerpo que corre á la descomposicion. No ha veinte y cuatro horas que exhaló el alma, y es tanto lo que hiede, que es menester abrir ventanas, echar vinagre, quemar incienso, para purificar el aire de los malos olores que despiden ; y si cuanto antes no se le saca de casa, tendrán que desocuparla todos los que la habitan. ¿Qué os parece? ¿podremos tambien poner aquí el *Finis universorum*? Acabemos. ¿Dónde están aquel poder, aquella majestad, aquella nobleza

que le granjeaban el respeto y la admiracion de todos? ¡Ay! colocado sobre un triste féretro, marcha al sepulcro sin mas cortejo que el de algunos parientes y amigos, sin mas acompañamiento que el de alguna piadosa hermandad, sin mas obsequio que el de unos cuantos sacerdotes. Verdad es que á su tránsito la gente acude, el vecindario se conmueve, y toda la carrera se llena de curiosos espectadores: pero ¿á qué pensais vienen? ¿Pensais que vienen á rendir homenaje á su nobleza, autoridad y poder? Observad: el uno apenas sabe ocultar la satisfaccion que le causa el verle llevar á la tumba, el otro se rie de las lágrimas que ve derramar á su esposa y á sus hijos, el otro le hace la señal de la cruz, y, sin otro obsequio, le vuelve las espaldas. Aquí dicen unos: Dios te perdona las lágrimas que has hecho derramar estando en vida, por lo demás la muerte muy bien te está. Allá dicen otros: Ahora pagas tu altanería y soberbia: en fin has tenido que inclinar tu orgullosa frente. Acá dice este: Héos al que quería dominarlo todo: este hombre pensaba que la muerte tambien le tendria miedo. Acullá responde aquel: Ha tardado, pero al fin tambien le ha llegado la hora. ¿De qué le han servido sus títulos y riquezas? Todos juntos no han podido librarle de morir.—Estos son los obsequios que le da el mundo, estos los honores fúnebres que le hace. Sus mejores amigos, mas por cortesía que por afecto, le acompañan hasta el cementerio, es verdad; pero apenas echadas las últimas gotas de agua bendita, apenas dicho el *Requiescant in pace*, vuelven tranquilos á sus casas, como si nada se hubiera hecho. ¿No es verdad, cristianos, que ello va así? Pues escribamos tambien aquí el *Finis universorum*: fin de todas las grandezas humanas.

Vosotros sin duda vais á pensar que, habiéndoos la muerte despojado de todo lo dicho, nada le quedará ya que hacer,

pero os equivocais. Perdida la familia, perdidos los bienes, perdidos los títulos y honores, todavía os quedará la figura de hombre; y esta será otra cosa que tambien os arrebatará la insaciable muerte. Apenas han pasado unos quince dias desde que murió aquella señorita galana, que era el alma de las conversaciones, la legisladora de las modas, y el ídolo de la juventud: sí, no habrá mas que unos quince dias que murió; y no obstante, *Ite et videte*, id á verla... ¡Ah! en vista de un espectáculo tan miserable como el que ofrecerá á vuestros ojos, no podréis menos de exclamar, atónitos, como exclamaban los israelitas al ver á la reina Jezabel comida de los perros: *Hæccine est illa Jezabel*? ¿Este cráneo descarnado y sin cabello es aquella misma cabeza que poco há asomaba en los balcones rociada de ámbar, perfumada de almizcle, y coronada de flores? *Hæccine est illa Jezabel*? ¿Estas dos ciegas y profundas cavernas son aquellos mismos ojos que un dia parecían competir con el sol en hermosura y claridad? *Hæccine est illa Jezabel*? ¿Esta masa informe y cubierta de gusanos es aquel lindo rostro, aquel rostro hermoso que cautivaba el corazón de cuantos lo miraban? *Hæccine est illa Jezabel*? ¿En esto ha venido á parar aquella linda moza?... ¡Ah mundo! ¡ah mundo, qué miserable eres! ¡Qué tonto es el que te idolatra!—Y tú, muerte desapiadada, ¿todavía no estás satisfecha? ¿Queda algo en que puedas cebarte?

Sí, cristianos; algo, y mucho, queda. Perdido todo lo vuestro y hasta vosotros mismos, despojados de todo cuanto poseísteis y fuísteis en este mundo, podríais consolaros un tanto, si á lo menos os quedase la esperanza de que viviréis en la memoria de los hombres, si una edad quedase encargada de hacer saber á la otra que vosotros exististeis. Mas ¡ay de mí!

que ni esta vida aparente os dejará la muerte. No habrán transcurrido muchos años, cuando ya no habrá quien se acuerde de vosotros, ni quien pronuncie vuestro nombre. Así como antes que viniéseis al mundo, nadie os esperaba, nadie os conocía, nadie os nombraba; así despues que habréis salido de él, nadie preguntará de vosotros, nadie sabrá que hayais existido, nadie pronunciará para nada vuestro nombre. Vuestra patria continuará, sin vosotros, en ser la misma que era: sin vosotros seguirán igualmente habitadas las casas, concurridos los mercados, solemnizadas las fiestas: y no porque vosotros ya no existís, habrá menos alegría en el mundo, menos fausto, menos tráfico, menos movimiento. Es decir, que despues de haberos despojado la muerte de todo lo que tiene alguna sustancia y realidad, os despojará hasta de lo ideal, hasta de lo aparente, hasta de lo ilusorio.

Siendo ello así, permitidme, cristianos, que yo cite el mundo á vuestro tribunal, y le convenza en presencia vuestra de su falsedad y perfidia. Ven acá, mundo embustero: ven acá, mundo hipócrita y traidor. ¿Puedes tú negar que todos los bienes que prometes sean pura apariencia? ¿Puedes negar que tus riquezas, honores y placeres vengán á acabar con la muerte? ¿Puedes negar que tú mismo no seas mas que un sueño, una sombra, una quimera, que en un instante se disipa? ¿Cómo negarlo, trapacero, si lo estamos tocando con la mano? ¿cómo desmentirlo, pérfido, si lo están viendo nuestros ojos? ¡Ah! no me admiro de tí que trates de engañarnos, porque eres falso por naturaleza: de quienes me admiro es de tus adoradores, que, picando de muy prudentes y entendidos, se dejan engañar de tí. ¿Prudentes he dicho? ¿Entendidos?... Retiro la palabra. ¿Es prudencia, cristianos, ofender á Dios por unos bienes que en breve os arrebatará la muerte? ¿Es prudencia poner el corazon en unas hermosuras que cuanto an-

tes irán á consumirse en una tumba? ¿Es prudencia exponer la suerte eterna del alma por unas cosas que no han de durar mas que cuatro dias? Si es prudencia, será prudencia carnal y diabólica, no prudencia racional y evangélica. El hombre verdaderamente prudente da una mirada atenta y escudriñadora á todos los bienes de este mundo, y viendo que todos han de acabar con la muerte, busca otros en el cielo que duren por toda una eternidad. ¿Podré yo conseguir que todos vosotros mostreis una total prudencia y cordura? Lo deseo, y lo espero. Amen.